

Los crónicos.

Estefi Vicens



Capítulo 1

Nos encontramos para la entrevista.

La delgadez de Nestor hacía notar aún más su inquietud en el cuerpo. Ocupamos el único escritorio y mientras, entraban y salían por la puerta vaivén sus colegas, parte del equipo. Aunque lo intentaba, no podía permanecer sentado en la silla de este consultorio número siete, al que se reducía el servicio de salud mental, del hospital de Allen.

La sala tenía pintada una guarda de sintético verde oliva desde la mitad de la pared, hasta el piso, con partes descascaradas por la humedad y dejadez. Todo estaba rodeado de cajas de cartón, como si fueran a mudarse. Era un lugar tenebroso, el del abandono, dicen que ahí terminan quienes atienden la salud.

En este hospital les faltaba color a todos. Llevaban el rostro de quienes atienden de corrido una cantidad de horas que ya no recuerdan; la boca seca, el peinado desarmado y una desprolijidad estampada en las arrugas de la ropa con olor a sudor viejo.

Estoy sentada en esta silla del hospital Pedro Accamé. Con el maquillaje de entusiasmo todavía intacto de la mañana, el jean y la camisa negra a lunares pequeños, dicen de la presencia de cualquier profesora, no tanto como el cuaderno A3 con el que vengo bajo el brazo. Llevo el pelo suelto igual que todos los días, con los anteojos para ver de lejos que uso de vincha y anuncian los cuarenta. Acomodo la lapicera para notas y el grabador Panasonic, en resistencia a cualquier aplicación nueva del celular.

Frente a mí está sentado Nestor, antes de decirme nada, pide un minuto y responde un mensaje en el celular, luego vamos a lo nuestro:

Mientras, recuerdo que me contaron cómo volvió María Elena de Roca, 22 kilometras hasta acá, el hospital: La vieron bajar del colectivo urbano, apoyada con todo el cuerpo sobre la baranda de la escalera, y aferrada a ella como quien tiene miedo a caerse. Nadie la ayudó. Tampoco con el último escalón y al caer sumó a su cuerpo un raspón en la rodilla izquierda:

--¿Cómo pudo pasar lo de María Elena, Nestor?

-- Y, yo soy un trabajador social, muchísimo no puedo hacer.

Ya me incomodaba saber que, yo venía a investigar desde la facultad, pero nadie preguntaba por estas personas que vivieron cuarenta años en este hospital.

--¿María Elena también está hace cuarenta años?

--Sí, cuando vine y me encontré con esas personas dije "bueno, quiénes son", "¿Cómo te llamás?", eran gente sin documento. No me podían decir, o algunos sí. No tenía certeza de que, la señora que tenía en frente y estiraba su mano con un mate sea la que decían.

Nestor agarra la carpeta de un archivero que estaba detrás de él, apoyado en una mesada. Muestra papeles del registro civil, fotocopias de D.N.I, certificado de discapacidad, pensión. Llegué a leer el nombre de María Elena en negrita.

Seguí hablándole:

-- Cuando entré por primera vez al hospital buscándolos a ustedes, los del servicio, me llevaron hasta la cocina, y a la primera persona que me presentaron fue a María Elena. Me mostró el lugar como si fuera su casa.

La imagen es de una señora que, supe después tenía 54 años, morruda y de estatura baja, sonrío ofreciendo un mate. Busca charlar, me muestra el lugar, la cocina y donde duerme, en una cama pared de por medio.

-- Sí, lo mismo le pasó a la jueza, me decía: "Nestor, si está esta persona acá ¿cuántas más hay en situación de internación crónica?", yo le dije que eran siete, pero no es que no avisamos. Dijo: "sabías que es ilegal tener esas personas ahí". Tener, tener —se apoya sobre el escritorio donde golpea con sus puños, está sentado con sus glúteos en los últimos 5 centímetros del apoyo de la silla, con la que, por momentos, se hamaca—nadie tiene a las personas, viven acá desde hace años. Nos dieron poco tiempo para sacarlas.

La psicóloga que entrevisté antes que a Nestor tenía verborragia, usaba una muletilla: "como te explico", repetía. Contó que las siete personas con internación crónica, fueron parte del hospital: el Pachi barría la vereda; María Elena te hacía el mate y caminaba detrás tuyo, Bianca se la pasaba jugando a las cartas en la cocina, con los enfermeros. Los demás deambulaban por el hospital, charlaban con la gente, ayudaban a cortar el pasto – reviso en mi cuaderno— Son personas medicadas que vivieron acá, ese fue su único tratamiento. La internación crónica, el consumo crónico de psicotrópicos, agravaron el cuadro de base.

-- ¿A dónde se las lleva a estas personas, Nestor? – acerqué el grabador, evitando ruidos de fondo. Noté que la rosácea atacaba nuevamente mi rostro, como cada vez que estoy agobiada: flashing, me dijo la

dermatóloga que se llama.

-- Al único lugar que acepta el pago del Estado, al Hogar para personas mayores Horizonte, de Roca. Nada que ver con lo que propone la ley, que sea en la ciudad donde viven, está a 22 kilómetros. Para ellos Allen es su lugar hace toda la vida.

A María Elena la internaron a los 14 años. El Estado le negó otros dispositivos. Se cansaron de buscar lugar. Nadie los quiere. Las personas en Río Negro no se pueden internar en hospitales por ley, los privados son caros. De otros lugares de internación, la ley no dice nada. Continué:

-- Fui al Hogar horizonte, es a puertas cerradas, eso y un manicomio es lo mismo. ¿O son los nuevos manicomios? Cómo dicen, por ley— lo que me contaba había logrado inquietarme, ahora estaba parada yo caminando en círculos, por ese metro cuadrado de paredes que nos encerraba-- Hay personas de cuarta edad, también una adolescente con síndrome de Down.

-- Solo están ahí por el convenio del Estado. Acá, en el hospital, los pacientes de salud mental molestan, deambulan. Pero, ellos resuelven lo legal. Ya sabemos que este no es un lugar. Si yo paso por este hospital trabajando años, y las veo acá, me voy, ¡me pego un tiro! – se agarra la cabeza y sube de golpe el tono de voz-- porque no son objetos depositados. Es una situación de encierro, ¿sí? Sin posibilidad de externación, sin un operador que pueda sacarlos a caminar, a comprar, a comer. Yo desde el primer día salí con ellos. Costó 3 años que tuvieran dinero de la pensión.

--Pero Nestor, María Elena no pasó ni una semana en ese lugar, nadie sabe cómo hizo para abrir la puerta que estaba con llave y rejas, apareció de nuevo acá.

-- Si. Ella lamentablemente está acá y yo ya presenté el oficio – sus ojos zigzaguean para los costados, se le escapan algunas gotas de saliva acompañando su vehemencia cuando habla— Después dicen de mi enojo ¿viste? No hay otra forma. Yo ya fui al juzgado a pedirles que le nombren una tutora, fui y les dije que me quedo ahí, en el mostrador, hasta que no me atiendan y así hice – permanece parado con el codo flexionado como una persona que se apoya sobre un mueble-- Ahora tendré que ir de nuevo, porque no puede quedar acá. ¿Cómo qué? ¿cómo una persona internada? no— chista dos veces—ella va a estar acá por pobre, porque no tiene a nadie. Va a deambular por acá, va a dormir en las habitaciones que estén desocupadas – interrumpe la puerta que golpean dos veces:

-- ¿Sí?

--Hola doctor – los dos miramos a María Elena que entra, arrastra sus pies, con sus ojotas gastadas debajo de los dedos gordos, de tanto caminar en puntas de pie. Lleva el pijama viejo con el que suele estar vestida, los anteojos arreglados con cinta de papel blanca, teñida con la suciedad del tiempo y el uso, en la patilla derecha. Habla lo suficientemente claro, pero con algún arrastre en la ese -- ¿usstedes querían mate? –dejó el mate sobre el escritorio y se sentó en mi silla.

No le contesté, pero agarré el mate, sentí los labios pegados y la boca seca, me había rascado la cabeza y noté que estaba despeinada. Por el calor que sentí, parecía medio día. El sudor de mis brazos cruzados sobre la camisa, habían dejado un gran pliegue que fue imposible alizar. Había pasado en ese lugar una cantidad de horas que ya no recuerdo.